

Libertad y capacidad

MIGUEL ESCUDERO*

La manifestación enérgica, clara, intensa y respetuosa de un carácter afable, acogedor, inteligente, benévolo y carente pues de brutalidad produce confianza y equilibrio a su alrededor. Además despierta y envuelve ilusión. La energía no requiere ruido, puede ser silenciosa. Y el silencio puede ser sólido y, por tanto, elocuente. La energía es una palabra deseada, todo el mundo la quiere, la quiere “en su punto”. Al igual que pasa con la salud, todos se acuerdan de ella cuando falta, cuando nos resulta *cara*. La energía se define como la capacidad para realizar trabajo. En el diccionario de la Real Academia Española caben estas otras acepciones: eficacia, poder, virtud para obrar; fuerza de voluntad, vigor y tesón en la actividad; y, en el orden de la física, causa capaz de transformarse en trabajo mecánico. Es, pues, un concepto *positivo*. Pero hay

muchas clases de energía y así, quién sabe por qué, andamos atrapados en una maraña de contradicciones.

Hay energías externas e internas, activas y dormidas. Con perspectiva científica, la energía se integra en los estudios de física, química, ecología, medio ambiente o astronomía. De este modo, se puede hablar de energía estelar o de energía exosomática (como puede ser el caso del abonado de un cultivo, o como el aporte espontáneo de las mareas en un estuario). Hablar significa aquí perseguir y capturar, entonces las técnicas se unen estrechamente a las ciencias. Sabemos desde hace tiempo que la energía no se crea ni se destruye, sólo se transforma. Pero su transformación no siempre está controlada, y hay materias primas que se acabarán y perderemos su rastro. Por eso se buscan recambios “económicos” que sustituyan a las fuentes de energía vigentes como el carbón, el petróleo o a la energía nuclear de

* Profesor titular de Matemática Aplicada de la Universidad Politécnica de Barcelona.

fisión. Hoy día las alternativas principales son la solar, la eólica, la hidráulica, la mareomotriz, la geotérmica y la energía de la biomasa. Esta última es renovable indefinidamente y por ello se contraponen en especial a las del carbón y el petróleo, también denominadas “tanatomasa”. Además es fácil de almacenar, si bien su rendimiento es *débil* comparado con el de las pilas solares fotovoltaicas. Consiste en aprovechar la descomposición de la materia orgánica, tanto de origen vegetal como animal. Los residuos se convierten así en recursos. Otra metáfora para la vida humana: las fuentes por las que anhelosamente suspiramos las podemos encontrar en lugares inesperados, hurgando entre materiales considerados *inservibles* o despreciables.

Teniendo presente la historia, sabemos lo cuestionable que es decir de cualquier cosa que es *definitiva*. Hay que acostumbrarse a distinguir entre irrevocable e irreversible. Y hay que contar con la posibilidad de hacerse con fuentes de energía aun no descubiertas. Se trata de tipos de interacciones ignoradas, fundamento éste de que la ciencia sea inagotable. Por eso el saber compone y descompone, teje y desteje viejos y nuevos problemas.

Decimos que la energía calorífica es desordenada, porque se expande de modo aleatorio; la energía cinética, en cambio, es ordenada, porque sigue una dirección determinada. Newton planteó la física en términos de fuerza. Pero hace tiempo que el gran genio fue “superado” y que la física está ya en condiciones de ser postulada en términos de transmisión de energía. La energía se transmite con fuerzas, pero a diferencia de la fuerza — una magnitud vectorial—, la energía es unidimensional y resulta más manejable y adaptable. Por otro lado, y desde la perspectiva de la teoría de la relatividad, la energía se muestra intercambiable con la materia. Con esta plataforma el materialismo quedó hecho trizas como ideología con pretensión científica, y se fue a las nubes junto al espiritualismo, su “contrario”. No obstante, no podemos dejar de buscar “el ojo enterrado dentro de nosotros”, como reclamaba la pensadora Hipatia de

Alejandría, en el siglo V d.C., la fuente de la que sacar fuerzas de flaqueza, la fuente de nuestro ser.

Ortega supo ver que Einstein planteaba que aunque nuestro conocimiento fuese absoluto, la realidad es relativa. “No podemos atribuir — escribió el físico alemán— una significación absoluta al concepto de simultaneidad; dos sucesos que, vistos desde un sistema dado de coordenadas, son simultáneos, no pueden ser considerados como sucesos simultáneos al contemplarlos desde un sistema que se halle en movimiento con respecto al primero”.

Durante un tiempo se hizo problema entre las gentes de ciencia el determinar si el universo estaba o no “vacío”. Puede decirse que el sistema solar está casi vacío, pues hay mucha más radiación que materia (el volumen ocupado por la materia viene a ser una billonésima parte del volumen total del sistema). Pero nosotros, que no hacemos ascos al conocimiento general, no podemos vivir de esas “abstracciones”. Está bien que sepamos que cada color es una manifestación de la longitud de onda de la luz, esto es, de ondas electromagnéticas. Y que a su vez cada nota musical o tono es una manifestación de la longitud de una onda mecánica o sonora. Importa, sin duda, contar con que los colores y los tonos son “frecuencias”, y la intensidad o energía con que se perciben vienen dadas por su amplitud de onda. Pero sólo con eso podemos quedarnos huecos o *vacíos*. Nos hace falta asirnos enérgicamente a un argumento personal, que nos dé orientación y sentido, necesitamos para ello “el ojo enterrado dentro de nosotros”.

En uno de sus poemas, Antonio Machado nos aleccionaba: “Busca el tú que nunca es tuyo ni puede serlo jamás”. Una empresa de reconocimiento personal, destinada a no ser coronada por la posesión pero sí *vislumbrada*. A eso podemos animarnos: a sabiendas de no alcanzar el éxito ni triunfar con la *posesión plena*, perseguimos una conciencia de vivir y sentir con plenitud. A eso podemos acceder: a resignarnos al fracaso y mitigarlo con la serenidad del

pequeño disfrute cotidiano. La energía interna y dormida se nos transforma en un vaciado de libertad.

La sencillez de andar y ver. Mientras caminamos y respiramos, con nuestro hacer vamos desarrollando y acumulando capacidades, aplicables en otra circunstancia. Siempre anidando cual alciones, ignorando el renombre. No nos es vital. Lo que de veras importa no es el reconocimiento, sino la capacidad de realizar trabajo y transmitir el calor vital. El camino es el polvo del camino que hacemos. Está vacío, se usa y no se agota. El innombrable Tao es camino y necesita caminantes que caminen, abrazando la multiplicidad con la paz y la unidad. En el *Tao te king*, de Lao Tse, se afirma desde hace cinco siglos antes de Cristo que el alma sabia hace sin hacer y enseña sin hablar. En ese mismo segundo capítulo y en una de sus traducciones (todas distintas, es un caso. No obstante nos quedamos con las sugerencias, por imprecisas que sean, al menos podemos obtener el denominador común) se lee también que: “Llevar y no poseer; actuar y no reclamar; terminar la obra y dejarla marchar: porque sólo al dejarla ir se consigue que quede”. Dejemos que resuene esta última frase: “sólo al dejarla ir se consigue que quede”.

La energía da paso a la libertad y a la capacidad. La verdad puede ser entrevista si la ansiamos con energía y paciencia, sin prisa y con libertad, sin prejuicio y con capacidad. “Las hileras de patos salvajes en la distancia daban la impresión de ser puntitos que se expandían lentamente por el cielo”, se puede leer en el célebre *Viaje al Oeste. Las aventuras del Rey Mono*, una obra anónima china del siglo XVI. Una muestra sugestiva y metafórica del avance de la verdad. Es un ejemplo de imaginación y flexibilidad, de libertad mental y capacidad expresiva.

He aquí la cuestión, llegamos al sentido de la “capacidad”. La Real Academia Española, de nuevo, da varias significaciones de esa palabra, a saber: Espacio hueco de alguna cosa, suficiente para contener otra u otras; extensión o espacio de algún sitio local; aptitud o

suficiencia para alguna cosa; talento o disposición para comprender bien las cosas; oportunidad, lugar o medio para ejecutar alguna cosa; así como referencias propias de la física y el derecho. ¿En cuál de ellas queremos hacer hincapié aquí? Miremos la capacidad como un vacío que llenar, una oportunidad de mostrar y desarrollar talento y aptitud. La libertad de expresión no nos basta si no nos hacemos con una enérgica capacidad de expresión. A su vez, ésta requiere sin duda de libertad para comunicarse y expandirse.

Nos interesa, pues, disponer de capacidad de trabajo y de resistir embates (lo que se llama tenacidad), de capacidad de expresarnos con propiedad y de pensar. Esta capacidad de pensar y ejercitar la razón previendo puede llamarse inteligencia. Ortega, en los antípodas de la idolatría, aseguraba que la inteligencia no debe aspirar a mandar, ni siquiera a influir y salvar a los hombres. Plutarco tampoco la veía como un premio olímpico: “la inteligencia no es oro ni plata ni gloria ni riqueza ni salud ni belleza”, sino aquello que es capaz de hacer un buen uso de algo, haciéndolo agradable y provechoso.

El menester de los intelectuales es huir de la pedantería y servir en un ámbito concreto para esparcir verdad, libertad, claridad, seguridad, estabilidad y tranquilidad personal. Han de contribuir desde modestas tribunas (las *importantes* suelen estar ocupadas por *otros*) a distribuir esas cualidades con sencillez, frotando con gusto una lámpara y sin esperar una merecida retribución de la tribu. Estas palabras tribuales proceden del latín, pero tienen un eco compartido con la voz griega “tribo”, esto es: rozar, frotar. (La tribología, por cierto, es la técnica que estudia el rozamiento entre los cuerpos sólidos, con el fin de producir el mejor deslizamiento y menor desgaste de ellos.) Ese tributo intelectual se hace con el roce, con el apego. Comenzando por él mismo, el intelectual debe practicar la zaranda, esto es, la criba y el balanceo, sacudiendo y agitando el alma de sus lectores, viviendo con humana naturalidad. La persona tiene la capacidad de ser más. Nunca es tarde para cargar el serón. “Sera” es tarde, y “sereno” es tranquilo, sin nubes. Los saraos y

las serenatas son cosas nocturnas, las zarandajas son cosas menudas, sin valor, de importancia muy secundaria. Pero a veces ayudan a vivir y suministran una energía suficiente para proseguir nuestro camino vital.

Hay una sentencia de Baltasar Gracián sobre las apariencias que recoge con admiración Schopenhauer en su tratado sobre el honor, aquí traducido como *El arte de hacerse respetar*. El jesuita aragonés decía que “las cosas no pasan por lo que son, sino por lo que parecen”. Pero esto no debería ser fatídico, al menos para quien actúa con inteligencia y busca estar contento de veras. El capítulo 46 del *Tao te king* (contiene 81) dice en una de sus múltiples versiones que “el que esté contento con estar contento, siempre estará contento”. A pesar de los pesares, ésa es la gran energía vital.